

JARA: GAVIOTA BLANCA Y NEGRA

PRIMERA PARTE

I

Miró al cielo... y recordó tantas cosas...

Corrió hacia el agua, una ola mojó su cuerpo que iba adentrándose poco a poco en un mar de desesperanzas. Sintió frío, miles de puntiagudas astillas iban clavándose primero en sus piernas y luego en todo su ser.

...Una gaviota cruzó el horizonte de sus sueños y se sintió desfallecer, el mar daba vueltas y las olas se abalanzaban hacia ella... Contrajo el cuerpo, se aferró a sus piernas como jamás se había aferrado a nada y metió la cabeza entre las rodillas. Sentada sobre la arena miraba absorta las olas que mojaban sus descalzos pies. Tenía el cabello y el cuerpo empapados. Comenzó a desnudarse, la ropa ceñida por el agua le molestaba. De pronto sintió náuseas y, sin más, vomitó un mar de sensaciones. Se sintió caer hacia el vacío... Miles de gaviotas volaban a su alrededor, bajaban en picado, hacía aquel oscuro fondo. Se perdían un momento y luego volvían a subir. Recorrían de nuevo el camino andado, intentando estar donde estaban, a recobrar su libertad... Como hizo ella mucho tiempo atrás...

«No apto». Había recibido un día, dos más tarde se encontró en un sanatorio psiquiátrico y tres meses después seguía allí.

Cuando la llamaban para la revisión, un hombre de unos treinta y siete años, madurado por la tristeza y la soledad, se sentaba frente a ella, la observaba durante largo rato y luego la dejaba ir.

Fue esto lo que al principio la desconcertaba: Ningún gesto, ninguna pregunta; sólo unos ojos que parecían ver a través de su piel.

Cada vez que oía las llaves que habrían la puerta de su cuarto sentía aquella mirada, sabía que si éstas sonaban fuera de los horarios establecidos

algo iba a ocurrir. Una mujer joven, con bata blanca y zapatos de tacón se acercaba a ella y le susurraba: «Tiene consulta». Pero yo seguía mirando a través de la ventana. Como si el césped, o el cielo, o las nubes otras veces pudieran impedir lo que me resistía a escuchar. «El médico desea verla, ¿No me oye? Tiene consulta». Yo la miraba sin mirarla y asentía con la cabeza. Ella me arreglaba el pelo y la bata y me conducía por largos pasillos llenos de puertas hasta el despacho del psiquiatra. Era esto lo que más me asustaba: los largos pasillos silenciosos, llenos de puertas iguales, donde sus tacones y mis zapatillas resonaban como prohibidos. Donde cualquier suspiro o gemido se estrellaba contra las paredes blancas y violaba el silencio estancado.

La asombrosa geometría que hay en estos edificios. Todas las plantas iguales, todas las habitaciones, todas las puertas, ventanas, verjas, cuadros, camas, sábanas, mantas, colchas, ropa... ¡Ropa!, nuestras batas y zapatillas eran las mismas. Pero que no hubiera posible distinción, ni mejores, ni peores. Sólo centenares de uniformados cuerpos que paseaban en fila de dos alrededor del patio...

Caminábamos hasta la puerta, levantaba su mano roja, de dedos largos y uñas cortas, la flexionaba y tocaba tres veces con los nudillos... «Adelante». Ella la abría y entonces yo podía casi palpar su mirada mientras entraba intentando que mis ojos no delataran el pánico que sentía. «Siéntese, por favor». Señalando una silla de hospital, dura e incómoda.

Y mientras yo pasaba aquella interminable hora observándome yo me sonrojaba, miraba la ventana enrejada, sus notas sobre la mesa, el cuadro del bosque a la derecha, la calefacción de pared de la izquierda y al final, mis rodillas y muslos rígidos sobre la silla, mis manos enlazadas y la punta de las zapatillas blancas; todo ello sin mover la cabeza. Porque yo sabía que él estaba vigilándome. Sólo desviaba su mirada para consultar el reloj de pared que se encontraba sobre la puerta, justamente cuando era la hora. Y no volvía a mirarme. Ponía su mano en mi hombro y murmuraba: «Es la hora». Como si jamás me hubiera visto antes. Como si hubiera estado caminando por el parque de Brawhan y un desconocido se le hubiera acercado para preguntarle dónde estaba el lago... «Allí».

Pero esto sólo ocurrió al principio, tres semanas después ya era mera rutina: me sentaba frente a él y sostenía su mirada. Siendo capaz de no expresar ninguna sensación.

La primera vez que mantuve su mirada pude observar cierta alegría en sus ojos. Pero en los días sucesivos volvió a su actitud. Y ahora, cuando murmuraba: «Es la hora»: Añadía: «Si usted no colabora, no puede curarse».

II

Pero yo realmente no estaba enferma.

Cuando cumplí los quince años, mi padre me regaló un libro: Juan Salvador Gaviota. Yo me pasaba las horas contemplando las fotos, releiendo una y otra vez los párrafos, las frases, las palabras.

Una de las partes del tratamiento consistía en darnos objetos de la vida cotidiana y observar nuestras reacciones. Nos conducían hasta la sala de Actividades y nos entregaban un libro, un espejo, un muñeco o un florero... Esta parte del tratamiento sólo la empleaban con las enfermas que «no» colaboraban...

Cuando entré en la sala, una mano encallecida por el trabajo y la frialdad de los libros de consulta y las fichas médicas me tendió un rotulador. Me dirigí hacia un rincón y comencé a dibujar, tapando con mi cuerpo aquella playa de arena dorada, las olas que se elevaban a cientos de metros y luego caían produciendo un ruido ensordecedor, el sol ardiente y las miles y miles de gaviotas que llegaban volando hasta mí, se introducían por la manga de la bata y me hacían estremecer...

...Recuerdo los largos pasillos geométricos que conducen a la enfermería, sobre una camilla de ruedas oxidadas que chirriaban bajo mi cuerpo... Una enfermera hizo que tragara un sedante y todo se nubló.

III

Tenía miedo. Había abandonado a las gaviotas de la pared y cualquier enferma podía herirlas.

Así que decidí no colaborar para que me aplicaran el mismo tratamiento. Necesitaba volver allí y salvar mis gaviotas... Pero no dio resultado.

Una mañana, tres días después, cuando en fila de dos nos dirigíamos a las duchas, pude ver cómo una asistente restregaba el estropajo enjabonado sobre el sol ardiente, la playa dorada y mis gaviotas. Me paré en seco y comencé a llorar. Una enfermera que se encontraba al final de la fila corrió hacia mí y me gritó.

Había roto la geometría.

Me incorporé y fui hasta las duchas intentando contener la rabia y la desesperanza que iban invadiéndome.

Cuando entré alguien lloraba. Era una enferma que había llegado el día anterior y aún no había aprendido la lección: Sólo cuerpos. No se permitía el pudor. Debíamos exponer nuestros cuerpos infantiles a las risitas de las adultas, a sus miradas acechantes, a sus bocas babeantes.

Nuestros cuerpos desnudos, casi imberbes, de pechos que comenzaban a crecer; eran expuestas en las largas pilas de duchas comunes sin puertas, de grifos semirrotos y oxidados y paredes renegridas.

IV

«Tiene visita. Arréglese».

En estas ocasiones debíamos vestir al par de zapatillas limpias y la bata azul que colgaba del armario. Pero tampoco así conseguían devolvernos nuestra identidad. Porque todas acudíamos a la sala de visitas con zapatillas limpias y bata azul.

Era la primera vez que recibía visita desde que entré en el sanatorio. Una mujer de unos treinta años se sentó a mi lado.

—¿Cómo estás Jara?

—Bien, gracias.

No recordaba a aquella mujer que me hablaba de mi vida como si hubiéramos pasado todas las tardes del otoño sentadas en la ventana tomando café.

Llevaba botas grises, pantalones ceñidos, camisa blanca y jersey rojo. Levantó las manos finas y estilizadas para arreglarse el pelo rubio que le caía sobre los hombros. Llevaba bajo el brazo una gabardina gris y de su hombro derecho pendía un bolso de cuero castigado por el uso y la intemperie. No usaba anillos, como si nada o nadie la atara. No sabía que a cada momento nos observan y juzgan, siguen nuestros pasos y nos hacen pagar nuestros errores. Todos estamos expuestos y no podemos soltarnos o huir... Todavía son demasiados los que necesitan no llevar anillos para creer en la libertad...

—Pronto te pondrás bien.

—Sí, claro.

Aunque yo podía sentir el dolor que contenían sus palabras, que fluía por el aire y empapaba las paredes: el dolor de la impotencia.

¿Quién era aquella mujer que sufría por mí? Recordaba su cuerpo, su voz, sus gestos; en algún momento de mi vida, pero era incapaz de situarla. Y sin embargo la sentía tan cerca...

—Jara, ¿me estás escuchando?

—¿Qué?

—Te decía si recordabas cómo nos conocimos. —Soltó una falsa carcajada y yo asentí. Pero no recordaba.

La hora de vista había concluido. Mientras se abrochaba la gabardina me dijo que no me preocupara, que pronto saldría. Que si podía que volvería

pronto. Mas yo sabía que no era cierto, porque todo eran condicionales. Sacó del bolso una tarjeta y me dio su dirección.

—Escríbeme.

—No tengo bolígrafo. —Me atreví a murmurar. ¡Era algo tan absurdo! Y sin embargo allí era casi imposible conseguir uno.

Entonces ella notó el brillo de la complicidad en mis ojos, volvió a meter la mano en el bolso, me abrazó mientras lloraba de rabia y dejó caer un lápiz en el bolsillo de mi bata sin que nadie lo notara.

—Hasta luego.

Pero yo le dije adiós, porque no pensaba volver a verla jamás. Ni siquiera le escribiría. Tenía un lápiz, pero era imposible conseguir una hoja, un sobre y un sello. Y mucho más difícil sobornar a alguna enferma para que llevara la carta hasta la sala de visitas y le preguntara a alguien si quería entregarla en aquella dirección. Porque nosotras ya habíamos olvidado las oficinas de correos, los buzones y los carteros.

Volví pues a mi habitación y cuando escuché el sonido de las llaves en la cerradura, saqué el lápiz y de nuevo dibujé una playa de arena dorada, un sol ardiente y miles de gaviotas que llegaban hasta mí, se metían por la manga de la bata y me hacían estremecer...

V

Sólo una semana después recordé a aquella mujer que había llorado de rabia y de impotencia por mí.

Sentada sobre la cama medio deshecha, miré a través de la ventana. La lluvia golpeaba los cristales. Era ya tarde en el mundo que se rige por el tiempo y había poca luz.

De pronto recordé su tarjeta. En ella estaba su dirección y con el nombre quizás podría colocar a aquel fantasma en su lugar. Me abalancé hacia el armario, lo abrí y metí la mano primero en un bolsillo y luego en el otro. Pero no estaba.

Desde el día que descubrieron las gaviotas y la playa en las paredes de mi habitación, me observaban. Así que, seguramente, alguien había entrado mientras dormía o en las horas de recreo y había registrado la ropa. Lo que me hizo suponer que aquella visita no había sido más que una parte del tratamiento. La dirección, el lápiz, sus lágrimas...

No le dí mayor importancia, volví a mi cama y seguí contemplando la lluvia. Sintíendome engañada. Hasta que el silencio y el cansancio me vencieron.

El sol se oculta tras el tejado de enfrente. Feo y ennegrecido por el musgo y el tiempo.

Hoy volveré a la cita de la nada y del todo. Y mientras pulse el timbre de tu puerta sentiré que mi corazón estalla y mi cuerpo tiembla al oír tus pasos que se acercan. Y si esta tarde, o mañana, al acudir a la cita tú estás allí y has acudido sin saber que existía y abres la puerta y me invitas a entrar en tu vida, yo dejaré mi vida de guerrero en la puerta, la batalla y el mundo se quedarán fuera. Y en el umbral sólo quedará una niña cansada de luchar con otras gentes...

Te acercaste y me dijiste: La lucha no ha acabado, siempre habrá clamor, no habrá final.

Desperté sobresaltada. La habitación estaba a oscuras y la lluvia seguía golpeando los cristales. Por un momento pensé que un trueno me había despertado. Pero no... yo conocía aquella voz, aquel cuerpo, aquellos gestos... Era la misma mujer que una semana antes me había visitado.

No conseguía recordar su nombre. Pero ahora estaba segura de conocerla. Además había logrado colocarla en un lugar y en un momento. «El sol se ocultaba», era antes de ingresar en el sanatorio. Porque aquí el sol jamás sale o se oculta.

¡Vamos! Tenía que pensar. Aquel sueño era la puerta para volver a la realidad de la que quizás nunca había salido. Pero yo eso, no lo sabía.

Había un tejado, sí, un tejado cubierto de musgo. Una ventana por la que ver un tejado cubierto de musgo. También una lucha, clamor... No, eso sucedía al final del sueño.

Debo recordar como era, ¡Debo recordar como era!...

¡Había una puerta!, ¡Sí!, una puerta y un timbre y yo lo pulsaba y aquella mujer se acercaba y yo oía sus pasos. Había quedado con ella, sí, una cita, en una puerta con un timbre, en una habitación con una ventana por la que ver un tejado cubierto de musgo. Era de noche por que el sol se ocultaba. Entonces ella dijo que la lucha no había acabado, que siempre habría clamor, que no habría final.

...Una puerta con un timbre, en una habitación con una ventana por la que ver un tejado cubierto de musgo, una cita al anochecer... Y una lucha... ¡La guerra! La conocí en la guerra. Yo era un soldado y estaba herido, sí, y era un desertor y por eso ella no sabía que yo iba a llegar y yo viajaba de noche para que el enemigo no me viera, y... Pero no, no. Yo soy una mujer. Y las mujeres no van a la guerra. La conocía de antes. Sí. Aunque quizás yo

había vivido una guerra. O no. Pero yo luchaba y estaba cansada, tremendamente cansada. ¿Contra qué luchaba?... ¿Contra quién?...

La lluvia había cesado y la claridad de quizás el nuevo día iba impregnando primero las cortinas y luego toda la habitación. Hacía frío. Me acurrugué y cerré los ojos.

Había decidido no volver a la realidad. Porque ello llevaba a colaborar. Y yo amaba la contradicción. Sí, en un tiempo recuerdo que pisaba la hierba, ponía los codos sobre la mesa, escupía en el suelo, comía con las manos, eructaba en público...

Aunque todo eso ya no tenía sentido... Había decidido seguir cayendo en aquel pozo sin fondo. Junto a mis gaviotas...

SEGUNDA PARTE

Hice retroceder la muralla de sombra y anduve más allá del deseo y del acto...

Pero para tí eso es complicarse la vida, ¿verdad? Tú no ves nada desde tu corcel. A tan sólo unos metros una niña desaparecía y ni siquiera la viste.

Tú no ves nada, ni los sueños, ni las esperanzas, ni el silencio.

El tiempo para tí no es más que otra marioneta que actúa a tu merced. El silencio, obsesión de los desesperados. La noche, oscuridad donde poder esconderte. Las estrellas incongruentes puntos de esperanza para un mundo muerto. La ausencia, el dolor, el recuerdo, el olvido y la tristeza, papeles archivados...

Cuando bajes la mirada y veas lo que tu caballo destruyó no podrás concebirlo... ¡Hay tantos escombros!

Decidirás entonces reconstruir, pero el tiempo, que un desliz pasó de marioneta a manejar, no te dejará. Y entonces llorarás. Y yo seré feliz, porque habrás aprendido a sufrir... Aunque será demasiado tarde.

No acudiré a la cita del tiempo
y la ausencia...

Me esperarás y yo no iré.

También yo,
como el tiempo,
cogí las riendas de mi propio corcel.

JARA

Doblé el papel, lo metí en un bolsillo y me puse la cazadora mientras cerraba la puerta.

Por las mismas calles tristes y mojadas de siempre llegué hasta tu puerta, pulsé el timbre y esperé a que abrieras. Cuando lo hiciste una bocanada de soledad me empapó.

—Pasa.

Me agarraste por la cintura e intentaste besarme, pero no me dejé. Metí la mano en el bolsillo y te tendí el papel. Una mirada de indiferencia cruzó tus ojos mientras te sentabas tranquilamente sobre la cama deshecha y comenzabas a leerlo.

—Prepárame un café, por favor.

Me dí la vuelta y busqué la luz de la cocina cerca de la puerta.

—La bombilla se fundió anoche, tendrás que hacerlo a oscuras.

Entré en la cocina y tropecé con una cazuela llena de agua.

—Ten cuidado con los cazos de las goteras.

Tenía el pie empapado y un sentimiento de tristeza y melancolía iba invadiéndome. Encendí una cerilla y busqué el café en el armario.

—¿Qué pone aquí, cariño? «Decidirás entonces reconstruir, pero el tiempo que en un», qué, «pasó de marioneta a manejar...».

Una ola de sudor frío cubrió mi cuerpo. Nadie sabe lo mucho que odiaba aquella indiferencia de sus palabras.

—¡En un desliz! —le grité—, porque el grifo del agua caliente hacía un ruido molesto.

La ventana estaba abierta y aún quedaba fuera un poco de claridad, unos niños jugaban frente al portal. Los coches pasaban veloces, salpicando a los transeúntes con las lágrimas de las alcantarillas rebosantes.

Miraba las primeras luces de la noche y no le oí entrar...

Entonces me estrechó entre sus brazos,
y me besó,
como si nada hubiera ocurrido.

Como si la luna no dejara paso al sol,
o las estrellas no brillaran,
o los ríos no existieran,

Como si el silencio estancado
no nos hubiera perseguido...

Como si la ausencia no nos hubiera alejado.
Como si nada hubiera ocurrido.

Como si el llanto o el miedo

no me hubieran acosado...

no me hubieran destruido...

—¿Me preparas ese café? —Asentí. Te espero en el cuarto ¿Vale? Volví a asentir. Cuando salió de la cocina comencé a llorar. Era todo tan inútil. Le amaba tanto, mierda.

Le llevé el café al cuarto. Se estaba poniendo la camisa y me guiñó un ojo. —Lo siento cariño, pero trabajo esta noche. Mañana hablamos... ¿Eh?...

Me dio un beso y desde la puerta me gritó: «Cierra con llave cuando te vayas. Mañana nos vemos».

Y dio un portazo sin dejarme que le contestara. Abrió de nuevo.

—Oye. —Volvió a gritar.

—¿Qué?

—Te quiero. —Y cerró la puerta.

Me tendí sobre la cama y observé atentamente la habitación que de vez en cuando compartíamos.

El armario estaba abierto y por el suelo había ropa sucia. La silla hasta los topes: la camisa azul, los pantalones verdes, la rebeca gris, los vaqueros, la camisa nueva, un calcetín negro, la cazadora verde, otra camisa, el otro calcetín y, arriba del todo, el pijama que acababa de quitarse. Sobre la mesilla se amontonaban textos de informática, apuntes mal copiados, libros de García Márquez y un sin fin de ceniceros llenos de cigarrillos apagados a medio fumar. Por esa esquina de la cama se ve el forro azul del colchón. Una manta en el suelo, la colcha a medio caer y las sábanas arrugadas por el peso de mi cuerpo.

De haber sido cualquier otro día, me hubiera puesto a ordenar el cuarto. Pero esa noche me sentía demasiado defraudada. Me ceñí el dolor y caminé hasta la puerta. La cerré con llave y me perdí por las mismas calles tristes y mojadas de siempre.

II

Y todos decidieron que debía dejar de amarle.

Lloré a solas, busqué el silencio de los tumultos, pasaba las horas leyendo el libro que mi padre me había regalado hacía pocos meses, escribiendo poemas, sudando amor... Pero no conseguí olvidarlo.

Salía de casa al anochecer y le esperaba frente a su portal, protegida por la oscuridad. El iba a trabajar mientras yo le seguí con la mirada hasta que se perdía entre la gente.

Dos semanas después, cuando no hizo nada por volver a verme decidí que no le amaba. Y caminé por el odio y la traición para cerrar mi herida...

Ocho meses más tarde me llamó por teléfono. Quería verme. Me puse mil excusas y accedí. Seguía amándole. Fuimos a los mismos bares, dijimos las mismas frases y la misma pasión surgió invadiendo nuestras mentes y nuestros cuerpos.

Al amanecer preparé café y partí sin despertarlo. Con el alma hecha gironés y el corazón desgarrado. Cambié de piso, puse teléfono nuevo, archivé los recuerdos y olvidé las fotos. Pero ni así pude olvidarlo.

Caminé de nuevo por el odio y la traición, vendí mi corazón, mi vida, mis sueños... Mas no encontré comprador.

Tenía el alma raída y agrietada la esperanza. Paseaba sola por el parque de Brawhan, me volví bohemia, triste y silenciosa. Ya no iba a los bares de siempre, no hablaba con nadie, paseaba sola y me encerraba en las tardes del invierno a contemplar las gaviotas de mi libro.

Un día, mientras navegaba en la desesperanza le ví. Pasó delante de mí, con aquellos pantalones que tanto me gustaban y una camisa que yo le había regalado. Bajo el brazo llevaba dos libros y de su mano derecha pendía un cigarro. Cuando pasó frente a mí se le cayó, y al agacharse me miró.

Pero no pudo reconocerme. Yo me había dejado crecer el pelo, llevaba gafas oscuras y tenía los labios de no haber sido amada nunca. Se incorporó y volvió a mirarme. Porque tal vez, yo le recordaba a alguien...

Pero no me dijo nada y entonces decidí que debía suicidarme. Ingerí una sobredosis de recuerdos y jamás volví a verlo. Ya no recordaba su cuerpo, ni sus ropas, ni su voz... Vomité a las horas y temí que mi esfuerzo hubiera sido en vano, mas no fue así. Tan sólo me quedó una grieta, aquí, en el lazo izquierdo del pecho, que me duele en las noches frías de invierno.

Los que me conocían de antes piensan que fue entonces cuando comenzó mi enfermedad. Pero no era cierto. Era sólo que me faltaba amor.

III

Hoy no me ha hecho falta buscar la luna, ni aspirar el bote —ya vacío— de tu colonia, ni releer mis versos, ni escuchar a Lluís Llach, ni buscar en la memoria... Hoy has brotado en mí.

Ha bastado tan sólo estar ante la ventana enrejada para que el rumor de tu silencio y el perfume de tu ausencia llenaran la habitación. Estas cuatro paredes y una ventana que tienen tanto y tan poco de tí.

Quisiera estirparte de mí, has llegado a ser parte de mi sangre, de la sangre que me riega el cerebro y me llega al corazón. Porque descubrí aquí,

en noches de soledad amada, que eres como la luna llena de una noche invernal: fría, húmeda, presente... Siempre presente.

Te recuerdo con el alma apretada de esa tristeza que tú me conoces... o que tal vez nunca llegaste a conocer. Y me descubrí quebrando los espacios blancos de las paredes mientras dibujaba con tus manos un mar de eternidades.

Ví, de nuevo, la fina lluvia que cae de tu pelo y humedece el césped seco de tus ojos.

Grito su nombre para romper el hechizo y comprendo que néctar brota de tus ojos que hace que mis palabras no te toquen. Y lo odié tanto que el viento me delató.

...El sonido de los tacones presurosos que se acercan a la puerta me han despertado. Las llaves suenan nerviosas en la cerradura. Alguien entra y me zarandea. Me han vuelto a descubrir.

—Jara, ¿Le ocurre algo?, ¿Porqué gritaba?, Jara, levántese.

Me incorporé y bajé la mirada, en aquel mundo geométrico estaba prohibido pensar. Una vez más tendría que acudir al psiquiatra, una vez más tendría que soportar su mirada, una vez más tendría que colaborar.

Pero estaba harta de ello. Todos me repetían que debía colaborar, ¡Qué debía colaborar! ¿En qué?, ¿Con quién?...

Tal vez ellos deseaban que yo afirmara sus tesis, que yo accediera voluntariamente a ser la enferma n.º 219 de la séptima planta, que me dejara dirigir, llevar, conducir a sus fines. Que optara por permitirles que me dieran una nueva identidad, que desnudaran mi mente, mi personalidad, mis sentimientos e impulsos... No... Jamás lo permitiría aún sabiendo que ello significaba permanecer allí más tiempo.

—Sabe que no está permitido pensar, que no es bueno para su salud. Relájese, hable con el doctor, sea sincera y pronto se curará. Pero no piense. No debe pensar y usted lo sabe.

Aquella voz amable y falsa se dilataba en los pasillos que conducían al despacho del psiquiatra. Aquellas palabras me llegaban lejanas, como oídas muchas veces, demasiadas veces...

Miradas tristes tras cristales empapados por el vaho del calor interior se volvían hacia mí desde las salas que cruzábamos, porque yo no obedecía, no me sometía, porque yo luchaba, y ellas, ya no tenían fuerzas.

...Te observé durante largo rato. Frente a mí, un mar vacío, tú, y quizás, también yo.

Recuerdos difuminados en cielo gris y triste, de sosiego y llanto. Te amé mientras derramaba el tintero de la ira en la noche y tú, ni si quiera estabas...

Miradas escondidas en amaneceres fríos y yertos, intentando huir... de mí... ¡Si ni si quiera entraste! Si ni si quiera entraste...

No consigo entender tu crueldad. Aunque espero que algún día, cuando las flores nazcan en tu mirada, y tú y yo sepamos lo mucho que amé y lo poco que me quisiste, descubramos el sentido de este encierro y mi dolor...

Desde aquella tarde en el parque de Brawhan, cuando pasaste a mi lado y no pudiste reconocerme, he intentado olvidarte. Y hubo tiempo en el que lo conseguí, pero ahora, de nuevo, en esta soledad obligada, medito. Y pienso en todo aquello que viví, que tuve, que soñé... Queda ya tan lejos todo que las imágenes vienen y van incapaces de concretizarse.

—Pase.

Habíamos cruzado toda la planta y estaba delante del psiquiatra. No había calculado el tiempo y cuando buscaba desesperadamente una excusa él lo notó.

La enfermera cerró la puerta tras de sí.

—Necesito ir a los lavabos.

—No.

Fue un no tan seco y rotundo que opté por renunciar a ello. Me senté y comencé a ordenar mis ideas. Debía conseguir tiempo como fuera para ordenarlas. No podía cometer más fallos.

Estudiaba la situación: Las piernas, las manos, los pies... todo debía estar como siempre. La mirada perdida, respiración acompasada...

—No se preocupe... —comenzó a decir. Era un tono distinto, como de resignación— ...esta vez no hace falta que finja.

Me quedé atónita.

—No me mire así. Sabe perfectamente a lo que me refiero.

Guardé silencio. El llegó hasta la ventana y permaneció contemplando el patio lleno de enfermas paseando en fila de dos, durante largo tiempo.

Volvió a mirarme.

—No sé las razones que impulsaron a sus familiares y amigos a interarla en este sanatorio. Lleva tres meses y medio aquí. De los cuales dos y medio ha estado en tratamiento especial. Debido a su actitud de silencio absoluto.

Le permitimos recibir una visita y no cruzó con ella más de tres frases. Desde entonces creo recordar que no sólo ha seguido con su actitud de silencio absoluto. Sino que además se ha negado a colaborar con las enfermeras y conmigo. Resumiendo: Es usted un auténtico desastre.

Había estado paseando por la habitación mientras relataba todo aquello.

Se paró frente a mí y miró detenidamente. Yo sostuve su mirada. Aquel hombre me había caído bien desde el principio. Sólo que su papel como psiquiatra no me había permitido serle sincera.

Se acercó a la mesa y cogió la ficha médica que había sobre una carpeta con mi nombre.

—Usted, qué opina.

Era la primera vez que se me pedía opinión en algo y estaba aturdida.

—Qué opino. Nada. No opino nada. —Me hubiera gustado desnudarle mi pensamiento, mis inquietudes, mis sentimientos, mis preocupaciones. Pero no sabía aún de qué se trataba toda aquella comedia. Si él realmente era sincero o tan sólo era otra parte del tratamiento. Estaba asustada y él lo notó—.

—No tiene de qué preocuparse, Jara, puede hablar con toda libertad. Titubeó.

—Aunque, dadas las circunstancias la comprendo. Sabe, profesionalmente opino que no está enferma.

Había luchado tanto tiempo por oír esas palabras que no supe reaccionar.

—Si hubiera colaborado lo hubiera descubiertos antes. —Se volvió hacia la ventana—. Pasará a la planta primera y si el doctor Saget diagnostica lo mismo que yo, en un mes estará en su casa. Puede marcharse. Gracias.

Me levanté y abrí la puerta, me volví para decirle que si yo hubiera colaborado tampoco hubiera descubierto que yo no estaba enferma, que nadie me hubiera creído. Que los locos repiten una y otra vez que no están yocos y nadie les hace caso; pero seguía mirando a través de la ventana y no dije nada. La enfermera me llevó a mi cuarto y cerró la puerta con llave. No estaba loca pero la puerta debería seguir cerrada con llave hasta que me mudara de planta.

Me tendí en la cama boca arriba y me ví reflejada en el techo. Aquella mujer con bata blanca y zapatillas blancas no era yo.

IV

La tierna melodía del silencio susurra una canción.

Y yo, aquí, a tus espaldas la escucho atentamente, mientras te observo.

Estás frente a los tres soles, que, en el horizonte lucha por desaparecer. Allí de pie, contemplas aturdido lo que una vez fue el mundo.

Tus cabellos al viento intentando huir, tus ropas ceñidas al cuerpo muerto que aún palpita, que aún tiene vida. Pero que ya no vive, porque ya no hay esperanza...

Te miro y parece todo tan irreal...
Sólo se oye el crepitar de las llamas. Todo ardió, ¿no es cierto?, y ahora que ya no queda nada. Hasta las raíces, hasta los recuerdos...

Todo lo que una vez, en un tiempo fue vida, prados, lagos, sueños, ilusiones, anhelos, esperanzas... ahora son montañas de escombros, de ruinas, de deshechos. De escoria.

El humo lo envuelve todo. Es una neblina pestilente y nauseabunda que montada a horcajas sobre el miedo y la cordura me rodea y oprime.

Una fina lluvia, molesta, ha comenzado, pero no haces caso, estás muy lejos, ni si quiera te has dado cuenta de mi presencia.

Inmóvil contemplas el horizonte taciturno.

Un mar de recuerdos te rodea, tan sólo hay tierra bajo la silueta de tus pies.

La luna ya ha salido, pero su luz ya no alumbrá nuestros sueños, ni nuestras ilusiones, ni tan siquiera tu mirada, porque donde hubo aquello ahora hay escarcha, y sombras, y tristeza, y dolor...

Lloras.

Es demasiado tarde. Ya nada tiene sentido, ni si quiera el llanto, ni si quiera la tristeza.

De pronto, caminas, con rumbo incierto. Has subido a un montón de escoria y sobre ella te has sentado. Sigues sin mirarme. Sin verme. Pero yo puedo sentir el dolor que desprenden tus lágrimas al destrozarse contra el suelo...

Camino hacia tí, estás aterido, tus cabellos mojados caen sobre tu rostro y tu espalda. Tus ropas empapadas, tus pies descalzos, tus ojos cerrados, tus manos heladas, tu amor dolorido, tu alma... muerta.

Recuerdo esa misma imagen de mí, hace ya tiempo, sobre la arena...

El tiempo, que a veces nos ayudó, hoy nos vuelve la espalda, no quiere saber nada de nuestra desdicha...

Coloco sobre tu hombro mi mano y no te vuelves. ¿Para qué? Para qué volver el rostro al pasado habiendo destruido el presente. No tendría sentido. Como tampoco lo tiene intentar crear un futuro que jamás existirá.

Es mejor morir... Pero eso tú, ya lo habías decidido. Por eso permanecías inmóvil frente al horizonte, y la lluvia no te importó, ni el mar de recuerdos, ni mi presencia, ni el sonido de tus lágrimas en su desesperada lucha por sobrevivir, por no caer hacia el infinito finito, hacia lo que sería su destrucción...

Porque tú, inconscientemente ya has muerto.

Como también he muerto yo...

...Una gaviota vuela sobre nosotros e intenta protegernos, pero no la dejas, levantas los brazos al aire y la golpeas, la dañas, la ahogas y mutilas en tu deseo de autodestrucción. Y cada gota de sangre se clava en mí como una daga. Y me retuerzo y sollozo, sin moverme, sin gesticular... El dolor me corroe, me carcome. Intento gritar y no puedo. Porque estoy muerta, y junto a mí, nuestra gaviota...

—Es suficiente por hoy, puede marcharse.

Un sudor frío recorrió mi mente. Todo lo que acababa de contar era cierto, o por lo menos yo recordaba haberlo vivido.

Me dirigí al jardín. Ahora era Jara Bedmar, ingresada interna de la primera planta con derecho a jardín y visitas fuera de los horarios. Mi puerta permanecía siempre abierta y podía entrar y salir a mi gusto y antojo.

Era un paso importante. Pero no demasiado. Me habían devuelto mi nombre, ¿Pero y mi personalidad?, dónde estaba yo realmente. Quién era yo realmente. Llevaba en el sanatorio cuatro meses y era demasiado tiempo siendo un ente más entre aquellas paredes enrejadas.

Una semana más y podría salir de allí. Marcharme! Marcharme... Volver a un mundo en el que había dejado de existir. Porque allí dentro era algo, alguien, una enferma o un número. Pero pertenecía a aquel edificio. Fuera Jara Bedmar había desaparecido. Se habría evaporado en la nada del recuerdo.

Imgino a mis amigos comentando mi encierro. Mi defunción.

TERCERA PARTE

Volvió la gaviota de mis sueños y en la noche susurró tu nombre... En mis labios sabías a miel...

Era ya tarde, a eso del anochecer. Contemplaba la primera puesta de sol desde hacía mucho tiempo. Mi primera puesta de sol... «porque había empezado para mí una nueva vida», como dijo el psiquiatra cuando me acompañó hasta la puerta del sanatorio. Después de abrir y cerrar multitud de puertas que conducían a la libertad.

Alguien pulsó el timbre. Un sonido agrio y prolongado invadió el aire, voló hasta el comedor, cruzó la cocina y entró en el cuarto buscándome.

Me incorporé y encendí la luz. Miré por la mirilla: Un hombre alto, uniformado; se rascaba la cabeza y ya estaba acercando su mano al timbre cuando le abrí.

—Buenos días, ¿Jara Bedmar?

Asentí.

—Firme aquí, por favor.

Firmé y sacó un telegrama de esas carteras cansadas por los viajes que suelen llevar estos funcionarios. Metí la mano en el bolsillo y le tendí un billete. Sus ojos se abrieron extrañados.

—No tengo cambio.

—No importa, buenos días.

—Muchas gracias, buenos días.

No sé por qué se extrañó. Era normal que la gente olvidara el valor del dinero. Recuerdo que antes de entrar en el sanatorio yo había comenzado a hacerlo. Cuando recibía el cheque del banco iba a cobrarlo y a veces gastaba todo el dinero en un día. Si tenía hambre me dirigía al parque de Brawhan y comía las frutas de sus árboles, bebía de sus fuentes y no pocas noches dormía en sus jardines.

Cerré la puerta y dejé el telegrama en la mesa de la cocina para hacerme un café. Mientras el agua se calentaba observé aquel extraño papel. No había decidido abrirlo aún. Porque sabía que las cosas importantes para los demás no lo eran para mí. Y viceversa.

Me tomé el café y salí de casa porque era lunes. Yo recordaba que los lunes debía salir de casa al anochecer, y los martes y los miércoles y los jueves. Pero no recordaba por qué.

En las escaleras alguien me saludó. Miré a aquella mujer de pelo rizado y ojos tristes, de labios cansados y alma incolora.

—¿Dónde vas con esos libros? —Me preguntó.

Me miré el brazo. Llevaba libros. Pero yo no sabía por qué. Notó mi desconcierto y me dijo: «Hoy no hay clase, es viernes, además, llevas mucho tiempo sin ir...».

La invité a subir a mi casa. Le hice entrar en el salón, la senté en mi sillón preferido y me quedé mirándola fijamente, porque aquella mujer sabía más que yo de mi vida y mis costumbres.

—¿Porqué no me llamaste ayer?

Para que no se diera cuenta de que no la conocía le dije la verdad: «¿Porqué iba a llamarte? «Soltó una carcajada limpia, pura, verdadera, se le encendieron los ojos y el color volvió a su alma. Se levantó y le pregunté asustada dónde iba. Tenía miedo de que se hubiera dado cuenta de que no la recordaba y marchara.

—A la cocina a por más café.

Me levanté y la seguí. Fue directamente a la cocina, no tuvo dificultad para encontrar el café, el cazo, las cerillas y encender el fuego.

—Traéme la taza, por favor.

Cuando volví me mostró el telegrama.

—Pone urgente.

La miré extrañada, por que yo pensaba que ella sabría que nada es importante y a la vez lo es todo.

—Ábrelo.

Negué con la cabeza. Había decidido no hacerlo.

Pero entonces ella lo abrió y yo pude ver la gaviota negra escapó del sobre.

Lo leyó en silencio y lo dejó sobre la mesa suplicándome con la mirada que lo leyera, pero yo volví a negar con la cabeza y comencé a llorar.

...Aquella gaviota... Lo había entendido.

Me sentí caer, corrí a refugiarme en mi soledad, perdí la noción del mundo y entonces supe quien era ella y por qué sabía tanto de mi vida, por qué salía todos los días al anochecer con los libros bajo el brazo, por qué el funcionario me miró con ojos extrañados.

Fui al cuarto y busqué mi libro. Faltaba una gaviota.

Lloré toda aquella noche, y al amanecer arranqué la hoja en blanco y la enterré en el parque de Brawhan, pasé por sus jardines. Tenía miedo de haber llorado demasiado en los últimos meses. Cuando anocheció volví a casa, porque ya no era normal dormir en sus jardines, y comer de sus árboles...

Al abrir la puerta un viento de reproches acarició mi cuerpo. La casa estaba llena de extraños que yo conocía. Me dieron dos besos, palmadas en la espalda, abrazos... Pero siguieron reprochándome mi huida.

Los dejé sentados, en el salón, haciendo café en la cocina, hablando en el hall... Me encerré en el cuarto, rompí las horas, hice escombros la duda, aniquilé el llanto y la tristeza y escribí, una y otra vez, sobre las paredes, en el techo, en los apuntes, en las piernas, en los brazos, en la cara... Hoy ha muerto un pájaro en el horizonte, yerto sobre la arena descansa en paz... Con la pluma de la desesperanza.

II

Volaba por el cielo opaco, las nubes grises ocultaban siempre el sol, la lluvia arreciaba...

Y una niña caminaba sobre la arena...

Volaba surcando el cielo, planeando entre anodinos sentimientos. Recordé entonces el mar y comencé a llorar... ¡Qué lejos queda el mar, qué lejos la libertad...!

Atrapé el eco del silencio y callé.

Júpiter, Saturno, Casiopea, la Osa Menor, Vega y miles de estrellas más brillan esta noche para mí...

He rodeado con mis brazos la muralla del olvido que conduce a la soledad. Caminé por las calles desiertas de una ciudad muerta que aún palpita, porque decenas de miradas le infunden esperanza... Es realmente poca la relación. Decenas de miradas en una ciudad de miles de cientos de personas...

Sentada sobre las rocas de lo irreal vi caer el sol lentamente, lo ví desaparecer, bajo la luna... los rojos, ocres y azules se entremezclaban en el cielo gritando amor.

De pronto allí descubrí lo efímero de la realidad, gaviotas del pensamiento volaban a mi alrededor sin verme, sin tocarme. Porque yo ya había traspasado las murallas del mundo, había huído de sus confines, de todo lo material, lo palpable, lo pensable... Flotaba sobre las ilusiones de todos aquellos que al soñar sudan cariño y escupen amor. Comprendí mi soledad, esa que todos llevamos dentro. Que sólo algunos se atreven a mostrar y que muy pocos descubren. Había anochecido. La oscuridad lo impregnaba todo e intentaba alcanzarme, pero no podía, miles de gaviotas me rodeaban buscando mi calor.

Comenzó a llover. Una suave brisa otoñal rozó mi cuerpo. Un intenso olor a tierra mojada invadía mi mente.

De pronto el cielo se despejó y los mares del ocaso se vislumbraron en el más recóndito de los lugares... mi soledad.

Estaba fuera del sanatorio. Había conseguido esa libertad por la que todos luchamos y me sentía presa de mi propia libertad utópica.

Llené mis pulmones de aire libre. Un nudo se iba formando en mi garganta.

Un niño pisaba los charcos salpicando a los transeúntes que le vociferaban. Los coches al otro lado de la calle corrían a gran velocidad. Las luces, los semáforos, los gritos y ruidos de la ciudad me hicieron vomitar. Era libre. Pero libre de qué. Libre de cuatro paredes y unas rejas, de miradas de enfermeras y un psiquiatra que reptía que debía colaborar, libre de las duchas comunes, de los comedores con olor a lejía, de los paseos en fila de dos alrededor del patio, libre de la geometría de aquel mundo geométrico.

...¡Libre!

Acaso no era este mundo geométrico también. No se levantaban todas las mañanas a la misma hora para hacer el mismo trabajo. No iban a los mismos bares y decían las mismas frases. No era su vocabulario el mismo. No tenían acaso todos las mismas esperanzas y los mismos sueños, las mismas tristezas y los mismos problemas. No llegaban todos a fin de mes con el cinturón apretado y luchaban por llegar a ser más...

Y yo me sentía presa porque había permanecido durante casi cinco meses fuera del mundo Libre. Porque a mi vuelta, mi casa no era mi casa y mis libros no eran mis libros y mis amigos no eran mis amigos.

Todos me habían abandonado porque pensaban que estaba loca. Pero no era cierto. Era tan sólo que había descubierto su secreto: *Luchaban por llegar a ser más... iguales.*

Busqué la luna y no pude encontrarla. Volví a casa. Una casa que había sido mi vida, que guardaba mis secretos y espiaba mis ansiedades. Una casa en la que me sentía extraña.

Tenía diecisiete años y ya sabía el secreto del mundo.

¿Para qué seguir viviendo?

—o—

Jara Bedmar fue hallada sin vida la noche del 27 de enero de 1987 sobre el sofá del salón de su casa con lágrimas en los ojos. El informe del forense no logra explicar el motivo de la defunción.

JARA BEDMAR
I. de Bachillerato «El Brocense»
Cáceres

Entrevista